

No me pertenecen

Itzel González-Leocadio

S oñé a diario con ser perseguida por miles de serpientes en medio de la selva, quizá porque de verdad le temía a estos reptiles. Todo surgió durante la visita al zoológico: mi compañero Gustavo hizo la más grandiosa de sus travesuras aquel día, de su lonchera sacó una piedra que arrojó directo al cristal del herpetario y lo quebró —su idea era que todos pudiéramos tocar las escamas de las serpientes—. Los reptiles de inmediato comenzaron a deslizarse en busca de libertad. Yo parecía saltimbanqui intentando evadirlos, no quería que la lengua de alguno de ellos tocara mi cuerpo o, peor aún, se enroscara y me sacara hasta el último aliento.

Su presencia en mis pesadillas se convirtió en algo normal. El no soñar serpientes era como no haber dormido. Sin embargo, una noche de lunes ocurrió algo más perturbador.

Noté que me convertía en una serpiente, mis brazos y piernas se habían engrosado. Al siguiente día fui a la enfermería de la escuela y corroboré que mi teoría era cierta, me pesaron y midieron, la doctora dijo que tal vez mis cambios físicos se debían a que estoy comiendo de más. Me recomendó hacer ejercicio. Antes pesaba 52 kilos, ahora uno me separa de los 70. Estoy segura que todo se debe a mi nuevo apetito de serpiente: quiero devorarlo todo. Mi madre dice que trago con desesperación, como si alguien fuera a robar mi porción. Por la noche me deslizo sigilosamente al refrigerador para saciar mi hambre.

En la escuela me apodaron la Tinaco. Me miro al espejo y veo una anaconda deforme con dos brazos, esas extremidades ya no me pertenecen, pesan como el tronco de un árbol. Odio verme así, además, me resulta difícil conseguir ropa holgada, tengo que ponerme maquillaje para disimular la celulitis, me cuesta caminar. Me imagino en los noticieros con el titular de “Niña anaconda: la Tinaco es trasladada en grúa a la secundaria”.

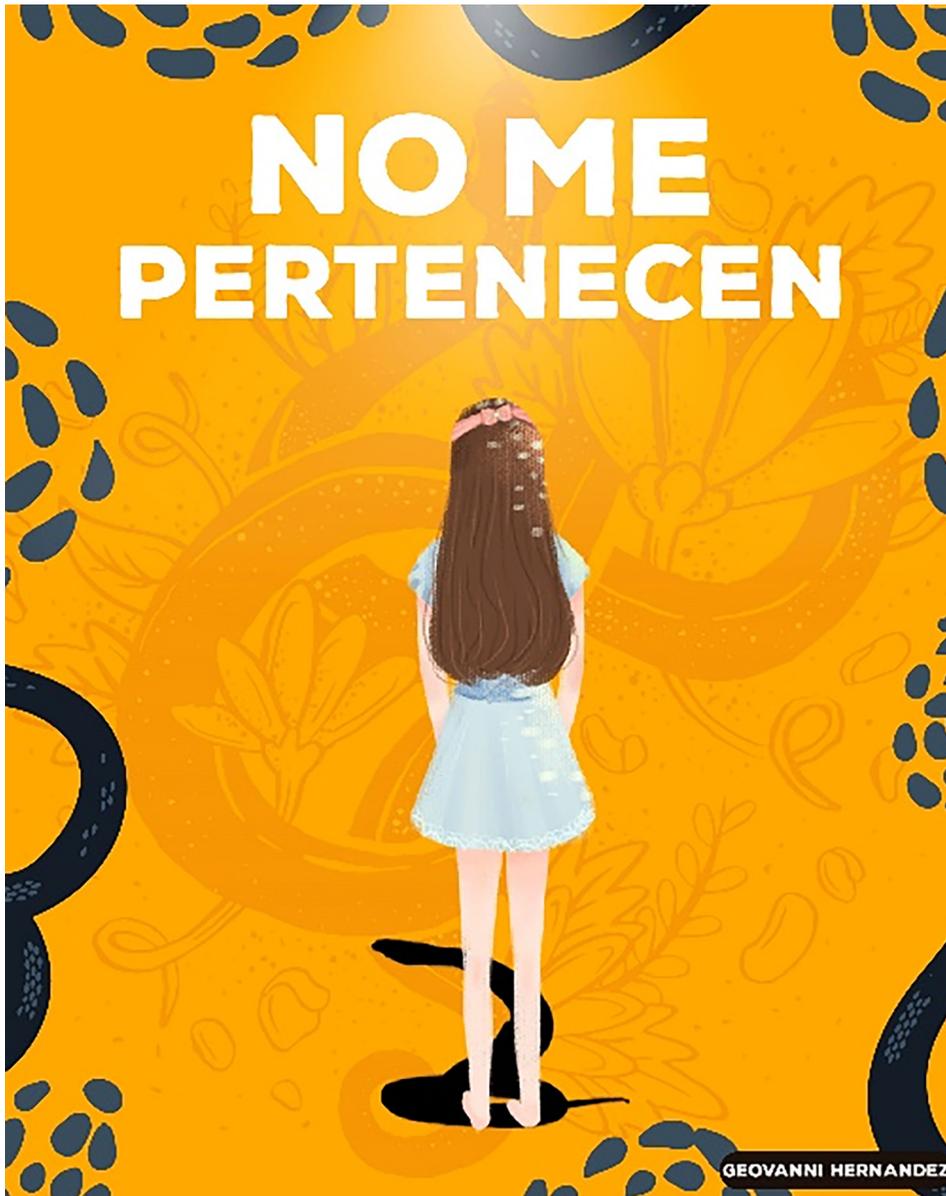
Todos me miran raro, como si estuviera loca. Nada que no sea yo misma importa. Ahora estoy concentrada en los cambios que haré, cambios drásticos. Me están saliendo escamas. Tomo un cuchillo de la cocina y empiezo a desprenderlas, la sangre caliente brota. Ya no quiero estos brazos, su ausencia es lo mejor para mi cuerpo. De pie frente al espejo, el filo metálico seduce a mi brazo izquierdo: he pensado quitármelo de a cachitos.

Mi madre no ve en mí a una serpiente, aunque he intentado que me crea, ¿acaso no le basta lo que pasó el miércoles? Cuando con mis dientes extraje el hámster de la jaula de mi hermano. Esta diminuta criatura movía su naricita y su boquita, su cabeza del tamaño de una pelota de golf ahora es un recuerdo, lo único que queda de aquel animal es su rabo con rastros de sangre.

Para convencerla, he decidido terminar con esto y estar lista para mi nueva identidad. Aprovecho que ha ido por mi hermano como todos los sábados. Me levanto de la cama y voy al cuarto de herramientas. Es complicado encontrar la adecuada ¡La tengo! La fijo a una silla para que no se mueva, presiono el botón rojo, el disco de sierra comienza a girar, sonrío como si no existiera dolor en el mundo, la sangre salpica mi cara, salpica todo.

Serpenteo por el suelo mientras me desangro... mi madre entra y grita, «¿Que has hecho? Eso que dices ser te ha devorado la razón».

Yo, hipnotizada, veo en el suelo dos nuevas serpientes de cinco dedos cada una.



ITZEL GONZÁLEZ LEOCADIO. Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Escritora. En 2017 cursó el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México. En 2019 tomó el taller “El cuento y sus materiales”, impartido por Alberto Chimal. En el mismo año obtuvo mención honorífica en el concurso Mini-ficción Sobre la Radio, organizado por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. En octubre de 2019 ganó el concurso Escribe un Poema con 7 Palabras, de Universo de letras (UNAM).

Recibido: 23 de mayo de 2019

Aprobado: 23 de enero de 2020